

COMPROMISO JUVENIL

Muchas veces la historia busca de testimonios sangrientos para remecer las conciencias de los hombres que diseñan el futuro, en la seguridad de que para un verdadero y ordenado desarrollo nacional, se precisa revisar los valores y actitudes del hombre de ayer, para descubrirlos y proyectarlos en el presente y hacia el porvenir.

Hoy, en la víspera del 10 de julio, quizás conviene recordar y buscar la proyección histórica, de ese mensaje de sangre y heroísmo que 77 jóvenes chilenos supieron dar en la batalla de La Concepción; no tanto por la emoción que de suyo tiene la muerte por un ideal, sino más bien por el profundo valor de descubrir la actitud heroica y amante de la libertad y del honor, que una generación juvenil supo ofrendar al país y a su carácter.

Quizás la manera más justa y productiva del recuerdo, es proyectarlo a los desafíos y estrategias del presente, y es por ello que un análisis profundo de lo que esa fecha significa para la juventud de hoy, debe buscarse desde el ángulo de la construcción del país en que ella está actualmente inserta; sobre todo en lo que concierne a los principios y valores que encarnan el ser nacional que se debe defender y el futuro institucional que se debe crear y conquistar.

Para que un país logre moldear su propio carácter nacional que le permita ser soberano y alcanzar un



ordenado y sólido desarrollo espiritual y material, se requiere de ciertas condiciones básicas que lo ordenen y orienten efectiva e integralmente, a la vez que le den continuidad en el tiempo y mística en la acción.

Un primer grupo de estas condiciones esenciales está constituido por los principios fundamentales que deben orientar la vida institucional de un país. Estos siempre han quedado de una u otra forma insertos en la Constitución Política del Estado, y si vemos el actual esquema en que hoy se estudia y desarrolla la nueva institucionalidad podemos sintetizarlos básicamente:

—En una libertad que estimule la potencialidad creadora de todos los individuos de una comunidad, y que asegure el progreso económico y un correcto y efectivo ejercicio de los derechos políticos.

—Una democracia al servicio de la libertad, la seguridad y el progreso, que logre armonizar esquemas de auténtica participación, con una sólida vigencia de la paz social.

—Una autoridad fuerte que logre superar los viejos esquemas políticos que entrababan su acción al servicio del bien común y que asuma un verdadero rol arbitral de la vida nacional.

—Una firme convicción de la imposibilidad de aceptar en el futuro nacional la propagación de la doctrina marxista, en la conciencia de que no se puede avanzar hacia nuestro ideal, sin luchar valiente e incansablemente en contra de sus principios. Lucha sin tregua, pero sin fanatismo ni odio, porque ella brota del amor al bien y de la convicción

muy profunda de que el comunismo es un mal intrínseco y un error total, incompatible con la dignidad del hombre inherente a la chilenidad.

El otro grupo de elementos que complementan lo anterior, lo constituyen los valores y actitudes del hombre que encarna esos principios orientadores de la vida institucional. Si observamos la historia y el presente de Chile, veremos que en la búsqueda permanente de un destino para la Patria, han sido numerosas las ocasiones en que el pueblo ha debido responder, con todo su potencial, a los desafíos que se le han presentado, y ello justamente es lo que ha ido formando el auténtico sentido de Patria que nos enorgullece y distingue de tantas otras naciones.

Es justamente aquí en que con todo dramatismo y verdad, debe asumirse el recuerdo histórico de los héroes de La Concepción, e intentar determinar cuáles son aquellos valores y actitudes del joven del ayer, que hoy deben movilizar a los jóvenes de hoy, en la búsqueda común de afianzar para Chile una sociedad libre, próspera y justa.

La juventud chilena siempre ha asumido con sana ilusión el imperativo de defender la moral de la Nación, de encontrarse con nuestro ser nacional y reafirmar los valores esenciales que lo conforman, en la permanente búsqueda de un esquema que permita un progreso equilibrado y estable, tanto en el orden espiritual como en el material.

Esta actitud siempre ha sido enfocada bajo el prisma generacional, motivado por un legítimo orgullo de "crear" la Patria, y se proyecta ya sea desde los jóvenes O'Higgins y Carrera, pasando por los héroes de La Concepción, expresándose en un pasado reciente en la lucha contra un Gobierno antilibertario, y llegan



do más reciente en la construcción de una institucionalidad, que justamente se anunció en su contenido e itinerario medular, en una reunión juvenil en el Cerro Chacarillas, el 10 de julio de 1977.

Por otro lado, hoy como ayer, ha sido la solidez, la conciencia de que la luz de nuestra fe en los valores morales es lo que debe iluminar el verdadero camino. Esa fe serena pero irreductible, que ha construido la grandeza de Chile, derrotando siempre con altivez la confusión o la debilidad moral que siempre acecha las grandes empresas de los hombres.

Finalmente, característica permanente de la fuerza joven que siempre ha tenido Chile, ha sido la actitud de no restringirse a la advertencia o contención de los peligros que en cada caso se han sucedido, sino de generar la capacidad creadora para demostrar la verdad, abrir alternativas siempre renovadas, y el ser vanguardia espiritual en un mundo mayoritariamente carcomido por el egoísmo materialista.

El estar colocado en un lugar de privilegio respecto de la conducción moral de una comunidad, siempre se ha entendido en Chile ligado a la exigencia de legitimarse asumiendo las obligaciones y renunciamentos que implica la satisfacción integral de una responsabilidad semejante. "Nobleza obliga" ha sido el lema que para Chile ha constituido no una frase lírica, sino una prenda insustituible de los privilegios que provienen de la selección espiritual y cultural.

Ser creadores en la responsabilidad, sabiendo dotar al realismo de esa dosis de audacia que permite que el riesgo del avance se imponga frente

a la comunidad de la rutina, buscando una sociedad que plasme formas sanas y renovadas de auténtica participación ciudadana, es lo que permitirá que la realidad se imponga sobre la demagogia, y que la creación fecunda genere los frutos perdurables que ningún mero sentimentalismo romántico —y mucho menos las divagaciones de las utopías— podrá jamás engendrar.

La juventud chilena ha decidido consagrar su lucha por estos nobles ideales. El día 10 de julio, fecha en que se conmemora la gesta heroica de la batalla de La Concepción, es oportunidad propicia para destacar el renovado compromiso de que así como un grupo de jóvenes chilenos derramó hasta su última gota de sangre por la defensa de nuestra Patria, la juventud de hoy hace suyo ese testimonio de ejemplo heroico en la entrega y el amor a Chile, y está dispuesta —como entonces— incluso a dar la vida por su libertad, su soberanía y su grandeza.

Los jóvenes de 1879 ofrendaron sus juveniles existencias en la esperanza de una Patria físicamente lejana, pero espiritualmente adentrada en su espíritu como una tarea futura para la cual su sangre sería una semilla imperecedera. Un siglo después, sus nombres se repiten con unción, cuando los jóvenes de 1979 vibran ante el compromiso del cual Chacarillas ha pasado a ser un símbolo, de que "la Patria que ellos soñaron es y será nuestra obra".

R